Revista Uruguaya de Antropología y Etnografía
Vol. XI, n.º 1, enero-diciembre de 2026, ISSN: 2393-6886

Experiencias etnográficas en Bella Unión: una conversación

Ethnographic experiences in Bella Unión: a conversation

Experiências etnográficas em Bella Unión: uma conversa

Damián Bentos,[1] *Magdalena Curbelo*[2]*, Silvina Merenson*[3] *y Alex Moraes*[4]

Recibido: 09/12/2025 | Aceptado: 7/5/2026

1 Servicio Central de Extensión y Actividades en el Medio, Universidad de la República. damianbentos@gmail.com. ORCID: 0009-0002-3168-6319

2 Instituto de Sociología Jurídica de la Facultad de Derecho, Universidad de la República. mariamagdalenacurbelo@gmail.com. ORCID: 0000-0002-1143-0941

3 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (Argentina). smerenson@unsam.edu.ar. ORCID: 0000-0002-2614-0541

4 Gobierno del Estado de Rio Grande do Sul (Brasil); Colectivo Máquina Crísica. alexmartinsmoraes@gmail.com. ORCID: 0000-0002-9306-2133

Resumen

Quienes participamos de esta conversación compartimos el hecho de haber realizado trabajo de campo en Bella Unión. Todos llegamos a esta ciudad situada en el extremo norte del Uruguay, en la triple frontera que el país comparte con Argentina y Brasil, con diferentes apuestas, trayectorias y nos conocemos desde entonces. A lo largo de cuatro jornadas nos reunimos de modo virtual para reflexionar sobre nuestras experiencias etnográficas. Para ello definimos algunos temas sobre los que nos interesaba sostener el intercambio que grabamos y luego editamos. Lo que sigue es el resultado de estos encuentros y una invitación a sostener debates intelectuales menos reglados por los géneros académicos y más abiertos al diálogo fluido sobre los procesos de construcción de conocimiento socioantropológico.

Palabras clave: conversación, etnografía, Uruguay.

Abstract

Those of us who participated in this conversation share the experience of having conducted fieldwork in Bella Unión. We all arrived in this city, located in the far north of Uruguay, on the tri-border area it shares with Argentina and Brazil, with different goals and backgrounds, and we have known each other ever since. Over four days, we met virtually to reflect on our ethnographic experiences. We defined some themes that interested us in the exchange, which we recorded and later edited. What follows is the result of these meetings and an invitation to foster intellectual debates less constrained by academic genres and more open to fluid dialogue on the processes of socio-anthropological knowledge construction.

Keywords: conversation, ethnography, Uruguay.

Resumo

Nós, que participamos desta conversa, compartilhamos a experiência de ter realizado trabalho de campo em Bella Unión. Chegamos a essa cidade, localizada no extremo norte do Uruguai, na tríplice fronteira com a Argentina e o Brasil, mobilizados por diferentes objetivos e experiências, e nos conhecemos desde então. Ao longo de quatro dias, no final de 2025, fizemos reuniões virtuais para refletir sobre nossas experiências etnográficas. Partimos de alguns assuntos norteadores, gravamos as conversas e as editamos posteriormente. O que segue é o resultado desses encontros e um convite para fomentar debates intelectuais menos limitados por gêneros acadêmicos e mais abertos ao diálogo fluido sobre os processos que vão pautando a construção do conhecimento socioantropológico.

Palavras-chave: conversa, etnografia, Uruguai.



Introducción

El texto que sigue es el resultado de una extensa y amena conversación a la que nos sentimos convocados. En el transcurso de 2025, quienes participamos de ella nos reunimos de modo virtual. Los encuentros fueron grabados y luego transcritos. El pasaje de las palabras habladas a las escritas fue editado, procurando la asignación de espacios equitativos para las intervenciones de cada participante. Nuestras charlas discurrieron en torno a cinco ejes que acordamos previamente. Esas ideas iniciales decantaron en las secciones que se presentan aquí: el arribo a la ciudad de Bella Unión; las lecturas e inspiraciones que guiaron el inicio de nuestros trabajos de campo; los desafíos, aperturas, cierres e incomodidades que atravesamos; las formas de recepción de nuestras investigaciones, y los posicionamientos, condiciones de posibilidad y aprendizajes que se incorporaron a nuestras experiencias personales y profesionales.

En el transcurso de nuestros encuentros intercambiamos sobre cuestiones que, por lo general, se consideran en términos individuales y nutren lo que denominamos *reflexividad*: las expectativas iniciales al arribar al campo; los desencuentros, las frustraciones, los desacoples entre los tiempos académicos, locales y las limitaciones materiales; también las implicancias afectivas y

éticas de nuestro trabajo. Reflexionamos sobre las dificultades en el posicionamiento como investigadores, la cercanía/distancia con el otro, las tensiones, el compromiso y la traducción de todo ello en la investigación y la escritura etnográfica. En este vínculo con los otros, principalmente trabajadores y organizaciones del lugar, nos reconocimos en la preocupación acerca de los modos en que nuestras producciones fueron y son recibidas, incorporadas, cuestionadas. ¿Quiénes, en definitiva, son sus destinatarios? ¿Qué potencial transformador pueden portar?

Quien se aproxime a este intercambio podría preguntar: ¿por qué somos nosotros, y no otros, quienes entablamos esta conversación? *A priori* nada determinaba que este diálogo tuviera lugar, salvo que el campo etnográfico se abre a lo azaroso de los encuentros. Podrían haber sido otros; fuimos nosotros. El hecho es que los cuatro nos encontramos investigando en Bella Unión sin haberlo pactado, nuestras presencias allí se solaparon en algunos momentos y se prolongaron en los años siguientes en otras partes y circunstancias. Eso teníamos —y tenemos— en común. Encontrarse con alguien en el campo —quizás aún más cuando ese alguien es otro investigador, académico o no— es cruzarse con un lugar que —también— está allí, donde —también— estamos nosotros. Esa presencia puede condicionar la forma de nuestra presencia y, entre otras cuestiones, la connotación de nuestra perspectiva. Ese alguien permite concebir que el lugar donde uno investiga es un mundo transitado por múltiples preguntas, prácticas de abordaje y esfuerzos de pensamiento. Encontrarse es descubrir, de manera contingente, la simultaneidad de la producción de lugares en un mundo necesariamente compartido y —si así lo decidimos— abierto al ejercicio de la composición.

Claro está que hay formas de toparse con alguien que no llegan a constituir un encuentro: la reverencia, el temor, la desconsideración; son muchas las figuras del desencuentro que podríamos mencionar. Esta conversación, en cambio, muestra otra opción consistente en compartir un mundo en el que los demás, al hacer lugar y camino, nos permiten visitarlos como instancia y desvío de nuestra propia caminata. Encuentros de este tipo fundan cierta experiencia etnográfica y autorizan diálogos como el que desplegamos en estas páginas: basados en el reconocimiento del lugar que otras personas han sabido hacerse y, a la vez, en la irreverencia que supone visitarlo para ver qué sucede allí, qué se vuelve visible, decible, y qué otros pensamientos se dibujan en el cruce. Sostener en el tiempo y en diversas instancias aquel encuentro primario de la coincidencia en un sitio, y transformarlo hoy en esta conversación que no elude las diferencias, nos permite reconocernos en la cooperación y, al mismo tiempo, desmontar el arquetipo del «etnógrafo solitario» que tan bien sintetizó Renato Rosaldo (2000). Nunca se está solo en esa soledad.

Esperamos que este intercambio resulte inspirador en más de un sentido. En principio, deseamos que resulte una invitación a la exploración de formatos reflexivos alternativos a los que usualmente empleamos en la comunicación académica. Los artículos, sean de autoría

individual o múltiple, suelen dejar poco margen para aquello que muchas veces los precede, nos referimos al intercambio desreglado con otros colegas. Aquí reponemos ese momento creativo que, entendemos, impulsa nuevas preguntas e ideas. Entendemos también que muchas de las inquietudes que compartimos trascienden Bella Unión y los actores sociales que nos reúnen en esta ocasión. Gran parte de nuestro intercambio puede trasladarse a otros ámbitos investigativos e, incluso, puede permear otras estrategias metodológicas. Nuestras reflexiones sobre la frontera y la investigación en los márgenes es una metáfora y solo un ejemplo posible.

Finalmente, una nota sobre las fotografías incluidas en este texto. Las imágenes que ocasionalmente lo interrumpen no se recuperan aquí como registro de evidencia ni como índice de autoría. Constituyen, más bien, aquello que quisimos mostrar a la luz de los temas que fueron refiriéndose en la conversación: imágenes que se nos ocurrieron, que teníamos disponibles en algún archivo personal y que compartimos primero entre nosotros, y luego con los lectores. La memoria tiene sus políticas, por supuesto: fue necesario barajar imágenes para llegar a un repertorio breve que procuró contemplar sensibilidades individuales y colectivas. No las proponemos como ilustraciones exteriores al texto, sino como una de sus posibles dimensiones. No llevan pie de foto porque no quisiéramos encorsetar su autoría, su sentido y su rol. En su materialidad quedan, en cambio, abiertas a múltiples composiciones con los tonos y los temas que van definiendo el diálogo que sigue a continuación.

Sobre los arribos a la ciudad

Silvina Merenson: Llegué a Bella Unión en abril del 2004 para empezar el trabajo de campo para mi tesis doctoral que, bastante tiempo después, publiqué como libro (Merenson, 2016). Cursaba el Programa de Posgrado en Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social, en Argentina. No conocía Bella Unión. En verdad, casi que no conocía Uruguay. Hice trabajo de campo hasta febrero de 2009. Volví durante el posdoctorado, entre 2010 y 2012, pero ahí ya trabajé más en el paso internacional de Monte Caseros, aunque me quedaba en Bella Unión. A partir de 2012 fui varias veces, pero de visita. Charito Estefanell y Colacho Estévez me recibieron sistemáticamente en su hogar y se transformaron en mi familia, de esa más entrañable. La última vez que estuve fue hace menos de dos años: fui con mi sobrino mayor, de vacaciones. Quedó fascinado con la experiencia.

Alex Moraes: Bella Unión apareció por primera vez en mi radar en 2012, antes de irme a Argentina a cursar el doctorado en Antropología Social, en la Universidad Nacional de San Martín (Moraes, 2019). Estaba haciendo la tesis de maestría en el Programa de Posgrado en Antropología Social de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul, con trabajadores

transfronterizos en la zona de Aceguá, cerca de Melo, en el departamento de Cerro Largo. Trabajando allí, me enteré de las movidas sindicales que había en Bella Unión, especialmente de las ocupaciones de tierras que conducía la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA). Tenía unas ganas tremendas de ir a ver qué pasaba en Bella Unión, pero no pude acercarme en ese momento, así que mi curiosidad quedó latente hasta que pude formular nuevas preguntas de investigación, de cara al doctorado.

Fui por primera vez a Bella Unión en 2013, para comenzar a construir algunos vínculos. Tenía referencias que me proporcionó Silvina de personas que habían sido sus interlocutoras cuando investigó en Bella Unión. Dos contactos clave fueron los de Colacho Esteves y Charito Estefanell, cuyas trayectorias biográficas se articulaban estrechamente con diversas secuencias políticas protagonizadas por UTAA desde la década del sesenta. Los dos me recibieron en su casa al comienzo de mi investigación y me ayudaron a tender puentes con la dirección de UTAA. Hice trabajo de campo exploratorio a lo largo de 2014 y mi trabajo de campo más consistente fue entre junio y noviembre de 2015. Volví otras veces a Bella Unión en 2016 para visitar a algunos conocidos y acompañar proyectos colectivos.

Damián Bentos: Llegué a Bella Unión a mediados de 2014 con un cargo docente en el Servicio Central de Extensión y Actividades en el Medio de la Universidad de la República (Udelar). Un día, en una clase de técnicas, en el marco de una práctica del curso, aparecieron Gerardo Sarachu y Cecilia Soria a presentar lo que era la extensión universitaria y los trabajos que estaban haciendo. Los agarré a la salida y les dije: «Che, yo quiero trabajar con ustedes», y me dijeron: «Dale, venite». Ahí me sumé a la Unidad Estudios Cooperativos como voluntario. Trabajé allí y luego cursé y trabajé en el curso de Cooperativismo y Asociativismo, en el que adquirí muchas herramientas que me sirvieron para trabajar en Bella Unión, tomando lo aprendido en la carrera, pero desde una óptica más extensionista.

En Bella Unión disfruté mucho el trabajo con los peludos,[5] pero lo que más me interesó fue lo que hicimos con Green Frozen (Calagua), que dio quiebra y dejó a 150 trabajadores en la calle. Hicimos un trabajo de apoyo en la formación de la cooperativa por parte de los trabajadores, algo que a la larga no prosperó, pero el trabajo fue muy interesante.

Estuve en Bella Unión hasta finales de 2016, cuando se cerró el Centro de Formación Popular de Bella Unión (CFPBU) en el marco de la reestructura del rectorado de Markarián y el prorrectorado de extensión de Hugo Rodríguez. El cierre del CFPBU fue un proceso largo y doloroso,

5 *Peludo* es como se autodenominan y son denominados los cortadores de caña de Bella Unión. El vocablo hace una analogía entre el animal conocido como tatú-peludo y el aspecto de los cortadores durante el proceso de trabajo: encorvados sobre las plantas de caña, con el cuerpo teñido de pies a cabeza por el hollín y el carbón del cañaveral quemado.

lleno de arbitrariedades, por lo que una vez terminado no tuve muchas ganas de volver en el corto plazo. Después pasó el tiempo, y vino la pandemia… Así que no volví más desde aquellos tiempos. Algún día volveré.

Magdalena Curbelo: En mi caso, coincidí con Damián en la fecha de llegada a Bella Unión. Viajé por primera vez en el primer semestre de 2014 y estuve haciendo trabajo de campo para mi tesis de grado en antropología social (Curbelo, 2015) de manera sistemática entre 2014 y 2015. ¿Cómo llegué a eso, a Bella Unión y a trabajar con el tema de los cortadores de caña y azúcar? Fue a partir de una experiencia anterior que había tenido en San Pablo, en Araraquara, con cortadores que eran nordestinos y que trabajaban en ingenios azucareros en el interior de San Pablo. Luego de esa experiencia en San Pablo, seguí interesada en el tema, y fue entonces que elegí Bella Unión para mi tesina de grado. Estuve viviendo unos cuantos meses allá, en esa época, haciendo campo y después volví varias veces; vuelvo siempre que puedo porque tengo amigos, vínculos. De hecho, llevé a mi hijo Lolo a conocer Bella Unión.



Lecturas e inspiraciones en el inicio del trabajo de campo

Magdalena: Una lectura que para mí fue obligada, que no es del campo disciplinario de la antropología, es el libro de la historiadora María Inés Moraes (1990), que presenta una recopilación de la historia de Bella Unión. Creo que puede tener relación con esa vocación más interdisciplinaria de la antropología, porque desde siempre leemos interdisciplinariamente.

Entre las lecturas específicas de la antropología destaco los trabajos de Sonnia Romero Gorski (2001) sobre la frontera de Colonia con Buenos Aires, que, si bien refieren a otra frontera, porque es el litoral, el concepto de situaciones de frontera que trae Romero también sirve para pensar la realidad de Bella Unión. Si bien el foco de mi trabajo no fue pensar la frontera, sino los procesos de acceso a la tierra de cortadores de caña de azúcar, es imposible pensar las dinámicas que se suceden en Bella Unión sin pensar cómo esa condición de triple frontera con Monte Caseros y Quaraí impacta en la vida cotidiana.

Después, también usé mucho algunos textos de Nicolás Guigou (2011) para pensar cuestiones vinculadas a lo identitario y la producción del sujeto nacional y el ser peludo, el sentirse peludo. Lo que percibí en el trabajo de campo es que el ser peludo, mucho más que a un tipo de inserción laboral, refiere, podría decirse, a una construcción identitaria.

Por otro lado, en relación con cuestiones metodológicas, me fueron de gran utilidad algunos textos de Susana Rostagnol (2011, entre otros), más específicos sobre trabajo de campo. Me permitieron pensar cuestiones sobre el cómo hacer campo, el vínculo con los interlocutores, la especificidad de la antropología, etc. En este mismo sentido me aportó mucho Pilar Uriarte, en ese momento del trabajo de campo tuve varias reuniones con ella sobre cuestiones metodológicas.

Alex: En mi caso, si bien tenía contacto con literatura académica específicamente uruguaya, en aquel momento de mi trayectoria de formación, dicha literatura se relacionaba más bien con el estudio de las migraciones transfronterizas que era lo mío hasta ese entonces. Yo investigaba el desplazamiento de trabajadores indocumentados en la frontera de Aceguá, por lo que tenía mucho contacto con la literatura sobre migraciones transnacionales, que es abundante en Uruguay.

No obstante, en el caso de Bella Unión, fue la literatura producida en Argentina la que me interpeló en un primer momento. Antes de comenzar el doctorado, la literatura relacionada con Bella Unión la encontré por mi cuenta, en internet. Los primeros trabajos que leí fueron los de Silvina, quien después se convirtió en mi directora de tesis. Revisando la bibliografía de sus trabajos, me iba acercando a la literatura uruguaya disponible sobre aquella región. Me interesaba la dimensión política y conflictiva de los procesos de organización colectiva en aquel territorio, de modo que ese era el filtro de mis primeras revisiones bibliográficas.

Tomando en cuenta que me interesaba pensar la tensión entre el movimiento sindical de los cortadores de caña y el empuje desarrollista y agroindustrial de los gobiernos frenteamplistas, los trabajos del equipo de extensión de la Udelar[6] —los menciono en conjunto para que no

6 La presencia del equipo de extensión de la Udelar representó un aporte significativo a las agendas organizativas de los trabajadores y colonos agrícolas de Bella Unión. Los extensionistas universitarios han compartido saberes técnicos que favorecieron el asesoramiento jurídico de dichos actores y potenciaron demandas de diversificación productiva en las colonias cañeras subordinadas a Alcoholes del Uruguay Sociedad Anónima (ALUR).

quede ningún nombre afuera— han sido importantes para darme un pantallazo de las distintas líneas conflictividad que se venían desarrollando. Además de estos trabajos, en específico, en el campo de la sociología, el estudio de Pablo Díaz (2009) sobre las ocupaciones de tierra en Uruguay —que abarca desde la ocupación de tierras impulsada por UTAA en 2006 hasta las ocupaciones subsiguientes, a inicios de la segunda década del siglo XXI— ha sido una fuente relevante para acercarme a los actores institucionales que protagonizaban las disputas sobre el contenido y el alcance de la política pública agroindustrial, en particular desde el punto de vista de una investigación que se abocaba a la conflictividad entre el movimiento social y popular y algunas apuestas desarrollistas que ponía en marcha el oficialismo frenteamplista.

Damián: Mi llegada a Bella Unión fue un poco distinta, porque, como decía, fue a través de un cargo docente de extensión universitaria. Si bien conocía un poco la realidad del lugar, no era desde lo académico, sino más desde la militancia en distintas cuestiones. Entonces, cuando llegué a Bella Unión, tuve que entrar rápidamente en tema: leí muchísimo en poco tiempo. En realidad, no recuerdo qué leí en aquel momento, pero principalmente fueron los documentos internos del CFPBU. Enseguida hicimos equipo con los compañeros que ya trabajaban en el centro. Así que me empapé con todo lo que había en la vuelta, incluyendo el trabajo de Silvina y el de Magdalena.

En lo vinculado a la carrera de Antropología de la Udelar, que es lo que nos convoca, me cuesta un poco visualizar qué textos fueron los que me facilitaron la tarea en Bella Unión. Creo que más que textos fueron los docentes quienes dejaron esa marca de la antropología en mí, en los años de cursada. Durante el trabajo en Bella Unión hubo algunas personas que fueron inspiradoras y que me abrieron perspectivas interesantes para el trabajo en extensión. El primero, que conocí en la carrera, fue Renzo Pi Ugarte. Lo tuve como docente en Introducción a la Antropología, alguien muy discutido, lo querés o lo odiás, algo así. Fue el primer acercamiento a la antropología para mí. Era una persona muy interesante, llena de anécdotas, la historia y génesis de la antropología en Uruguay estaba en él. Eso del *ojo del antropólogo*, él tenía esa capacidad de despertarlo incipientemente por lo menos. También recuerdo otros docentes, Javier Taks, por ejemplo, con él cursé Etnología, que me fue muy útil para entender un poco el funcionamiento de Bella Unión, la estacionalidad que manejan los peludos, eso de que tienen la época de la zafra, un año con seguro de paro y otro no… Entonces, cuando hacen la zafra, compran la moto, la tele, el lavarropas y, cuando se quedan sin trabajo, venden la moto, la tele y el lavarropas, y están siempre en esa dinámica, ¿no? Me hizo acordar mucho a las lecturas sobre poblaciones indígenas en la isla de no sé dónde, que se manejaban estacionalmente porque las lógicas más o menos eran las mismas.

Después Sonnia Romero, con esa mirada de la antropología francesa. También las metodologías y técnicas, con Susana Rostagnol, Roberto Bracco, Beatriz Diconca, todos docentes que

también dejaron marcas. Cuando fui a Bella Unión no había cursado nada con Pilar Uriarte, pero hubiera sido importante. Lo mismo con Nicolás Guigou, había cursado solo Teoría I, pero no los talleres finales. Otro tipo interesante de la facultad, que quiero mencionar y me parece un personaje importantísimo en humanidades, es Ruben Tani. No es antropólogo, sino que viene de la filosofía y las letras. Un tipo más que interesante, que a todos los que pasamos por alguna clase suya nos cambió un poco la forma de mirar las cosas, de analizar. Sus clases eran medio socráticas, cara a cara, abría mucho el diálogo, un imprescindible.

Silvina: En mi caso, antes de empezar mi proyecto doctoral, conocía muy poco de la producción académica uruguaya. Había leído algunos trabajos de Gerardo Caetano, pero no mucho más. Entonces, para mí, fue un trabajo de inmersión muy grande. Ustedes mencionaban el libro de María Inés Moraes (1990), una historia local excelente: yo no podía ir directamente a él sin escalas, como de repente podían hacerlo Magdalena o Damián, necesitaba leer antes historia social y política del Uruguay. En ese sentido, entre otros, los trabajos de Álvaro Rico, Carlos Demasi, Aldo Marchesi, Vania Markarian e Isabella Cosse me ayudaron mucho en esa tarea; un libro importantísimo fue el de Yamandú González Sierra (1994). Por mis preguntas de investigación, fue fundamental toda la literatura producida por la izquierda uruguaya en la que «los peludos» y Bella Unión encuentran un lugar fundacional o de referencia: desde las crónicas de Mauricio Rosencof (1989), la historia del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) de Eleuterio Fernández Huidobro (1986) y la biografía de Raúl Sendic escrita por Samuel Blixen (2000), en adelante.

En cuanto a la literatura antropológica uruguaya, hay tres trabajos que fueron realmente inspiradores, que me sirvieron para hacerme preguntas y para poder situarme en experiencias previas y en la agenda disciplinaria en el país: el libro de Álvaro De Giorgi (2002), que piensa la relación entre política, cultura y territorio *desde* Tacuarembó y la Fiesta Gaucha. Ese libro para mí fue súper estimulante por el tema, que se tocaba con lo que a mí me interesaba abordar, y porque se trataba de una etnografía practicada fuera del ámbito urbano. Luego, coincido con Magdalena, fueron muy importantes los trabajos de Nicolás Guigou (2000). La forma en que capta el proceso de producción de una narrativa sobre la nación que, ya en Bella Unión, pude advertir como «mito-praxis» —«la nación laica»— fue una invitación a desarrollar algunas articulaciones y pasajes entre política y religiosidad popular que no tenía para nada previstas. El tercero, que también fue un gran aval si se quiere, o que me permitió ganar confianza en lo que yo quería tratar de pensar, es un librito muy pequeño publicado por Daniel Vidart (1969) en una colección que se llamaba Nuestra Tierra. Esta colección estaba compuesta por libros de divulgación escritos para un público masivo, creo que bastante representativos de un momento de la disciplina y de las ciencias sociales, no solo en el Uruguay, en el que había una fuerte

vocación por incidir en los debates políticos del presente. En esta colección Vidart publicó un fascículo que se titula *Tipos humanos del campo y la ciudad*. Uno de esos tipos era «el peludo». No recuperé este trabajo en esa misma sintonía, pero sí me permitió entender la importancia que tenía problematizar esa categoría —peludo— como categoría nativa para preguntarme qué quiso decir en diferentes momentos y desde la perspectiva de diferentes agentes sociales. El encuentro con ese librito fue, en ese sentido, un gran trampolín.





Desafíos, aperturas, cierres e incomodidades

Magdalena: Para mí Bella Unión ocupa hasta el día de hoy un lugar importante, afectivo y simbólico en mi vida. Porque de alguna manera es el lugar en el que me convertí en antropóloga. Fue como el rito de paso de la disciplina. Con respecto a esto de los desafíos y de las incomodidades, estaba recordando cómo fueron los primeros momentos, cuando recién llegué al campo. Me acuerdo de que al día siguiente a mi llegada había quedado con la gente del sindicato para acompañarlos en una asamblea que se iba a realizar a las 5 de la mañana; estaban en plena zafra en una situación de conflicto con ALUR (Alcoholes del Uruguay).[7] Yo llegué al lugar de la asamblea, caminé entre unos cien trabajadores, y me detuve al lado de quien era en ese momento el secretario general del sindicato. Me paré con una libreta y una lapicera en la mano. Por supuesto no anoté nada, no pude anotar nada, porque entre otras cosas era de noche, estaba oscuro. Luego comencé a pensar esto de ¿qué implica hacer trabajo de campo? ¿Qué se supone que es lo que tengo que hacer? y, en ese momento, creía que lo que debía hacer era registrar todo, anotar todo. Con el propio devenir del trabajo de campo fui deconstruyendo esa idea y aprendí a vincularme desde otro lugar, de otra manera.

Cuando empecé a hacer campo, Bella Unión era para mí de alguna manera un lugar extraño, una alteridad; porque venía de Montevideo, con una cabeza súper montevideana y entender las lógicas y las dinámicas locales fue un proceso que me llevó tiempo. Ese fue uno de los principales desafíos.

Otro desafío importante fue, ya avanzado el trabajo de campo, la interacción con el colectivo de los colonos de Pay Paso, porque en la interna del grupo de colonos se habían generado tensiones. Por la propia situación en la que estaban había mucho desgaste, todo el proceso de acceso a la tierra fue complejo: los vínculos con ALUR eran difíciles, con el Instituto de Colonización también, y todo eso produjo bastante fraccionamiento a la interna del colectivo. Para mí fue un desafío aprender a manejar, a articular en mis interacciones con ellos esa tensión que había en la interna del grupo. Compartíamos no solo las jornadas de trabajo en la chacra, sino también cumpleaños, la vida cotidiana, y eso causaba que por momentos se me exigieran lealtades hacia unos u otros y fue un poco difícil de manejar.

Por último, otra dificultad me surgió cuando llegó el momento de cerrar el campo, me costó mucho poner un límite, decir «bueno, estoy cerrando el campo, ya está». Esto que hablamos en metodología sobre «saturación teórica», pero ¿dónde está el punto? ¿Cómo lo encuentro?

7 Alcoholes del Uruguay Sociedad Anónima es una empresa pública uruguaya, capitalizada por Ancap, que asumió la administración del ingenio de Bella Unión desde febrero de 2006. El ingenio de ALUR en Bella Unión ejecuta la fase industrial de la producción de azúcar y bioetanol e incide en la fase agrícola a través de la oferta de créditos productivos y paquetes tecnológicos a los productores cañeros.

¿Hasta dónde hago trabajo de campo? ¿Hasta cuándo? ¿De qué forma le doy un cierre? Esas eran todas preguntas que estaban presentes. Volver a Montevideo me costó, porque para mí hacer campo en Bella Unión implicó una transformación. El primer desafío fue cómo lidiar con las incomodidades del campo y, hacia el final, cómo lidiar con mi propia situación, como cerrarlo y empezar a escribir. Este desafío que creo tenemos siempre en la antropología de cómo vincular la etapa de trabajo de campo con la etapa de escritura y pensar el proceso de forma integrada.

Alex: Quisiera agregar un ingrediente más a esta multiplicidad que vienen mencionando, que es como un eco de nuestro tema de conversación anterior. Quisiera subrayar que hay una literatura con la que tomé contacto una vez que llegué a Bella Unión y que no estaba disponible en los estantes de las instituciones académicas en las que yo venía desarrollando mi formación. Una literatura «apócrifa», si se puede decir. Eso me hace pensar también en lo que mencionaba Damián del contacto con los registros que se preservaban en la Casa de Extensión y que le daban una idea de lo que venía sucediendo recientemente en Bella Unión. No sé, veo relación entre estos registros y algunos que mis primeros interlocutores también preservaban en sus casas.

Había un trabajador, un tipo que llevaba años militando en UTAA, que vivía muy cerca del puente entre Bella Unión y Barra do Quaraí. Me acuerdo que la primera vez que lo visité para entrevistarlo, él sacó de algún cajón en una habitación de su casa un cuaderno con registros que había reunido alguien anónimo, que se dedicó a compilar la cobertura de la prensa nacional y regional sobre la toma de tierras de 2006[8] y sus repercusiones. Eran decenas de notas periodísticas y reportajes que daban cuenta de la lucha sindical en Bella Unión desde los primeros años del gobierno frenteamplista. Había una forma y un énfasis que alguien le había dado a aquella colección y que ese interlocutor convertía en un estímulo para mi percepción investigativa. Tenía en mis manos una reconstrucción específica de la evidencia histórica, distinta a otras reconstrucciones, más técnicas, digamos, de lo sucedido en Bella Unión hacia mediados de los años dos mil. Seguramente, esa colección me hizo demorar en ciertas escenas, relatos, registros y personajes que influyeron en el modo en que terminé valorando la densidad subjetiva de un suceso político —la ocupación de tierras de 2006— cuya relevancia tal vez se me hubiera presentado de otra manera sin ese encuentro con los archivos de mi interlocutor.

8 En enero de 2006, cuando el Gobierno nacional había empezado a invertir sustanciales recursos públicos en el fortalecimiento y la ampliación de la industria azucarera de Bella Unión, un grupo de familias de cortadores de caña organizadas en UTAA ocupó tierras fiscales. Bajo la consigna «Tierra para el que la trabaja», manifestaban su voluntad de convertirse en pequeños productores rurales y participar en la formulación de los esfuerzos desarrollistas estatales. Esa ocupación de tierras resultó en el primer experimento de colonización agraria que involucró a integrantes de las bases de UTAA en el marco del ciclo de desarrollo de la agroindustria azucarera capitaneado por ALUR.

Es decir, el archivo tenía, en sí mismo, el valor de ser una fuente documental, y, a la vez, dada la circunstancia en que me fue entregado, me invitaba a mirar con atención las huellas y el lugar del acontecimiento documentado en la composición de la memoria política de mi interlocutor y de la organización sindical en la que él había militado.

En ese mismo orden de ideas, quería mencionar también el archivo de Charito, esposa de Colacho. Ella ha emprendido un trabajo extremadamente atento de recuperación de evidencias tanto de su trayectoria personal, familiar, como de los distintos momentos de la actuación de UTAA en Bella Unión, desde fines de los ochenta. En efecto, una parte de este material, relacionada con sus intercambios epistolares con familiares y amigos, en especial con las hermanas, se convirtió en un singular libro de memorias (Estefanell, 2014).

En lo relativo a la vida sindical, a lo largo de los años, Charito se tomó la tarea de documentar varios esfuerzos de organización política, desde lo más cotidiano a hasta lo más solemne y combativo. En su archivo uno encontraba actas de reuniones rutinarias del sindicato, borradores de proyectos productivos, pedidos de apoyo financiero y donaciones a ONG y organismos públicos, diagnósticos sociales, etc. Ahí le quiero pasar la pelota a Damián, porque me acuerdo que, de entre estos documentos, surge, una vuelta, un cartel de una huelga de hambre que se había realizado en 1992, un 29 de septiembre, frente a la Catedral de Montevideo, en el contexto de una huelga salarial que se mantuvo de pie por casi veinte días en los cañaverales de Bella Unión. Lo interesante es que cuando cierran la planta de Green Frozen, que mencionaba Damián, se les ocurre a algunos trabajadores de la directiva de UTAA hacer una huelga de hambre para exigir, entre otras cosas, la reactivación de la línea de producción. Esa huelga de hambre sucede también un 29 de septiembre, el mismo día que la evocada en el cartel que guardaba Charito, lo cual es sugerente, porque ilustra la repetición de un repertorio político —o la recuperación de un gesto— que puede volverse disponible para otras personas, quizás como consecuencia de su exposición a unos soportes dispersos entre las diferentes generaciones. Lo que los soportes permiten transmitir se redefine en cada situación, tiene nuevas consecuencias que seguramente Damián pudo acompañar con más intensidad que yo, porque estaba más cercano a ese conflicto que se armó en torno al cierre de Green Frozen.

Damián: Interesantísimo, desconocía lo de la huelga de hambre anterior, recuerdo sí la de Green Frozen. Me dejaste pensando, Alex, y es cierto, hay mucho material disperso. El lado oscuro del trabajo extensionista es la poca escritura. Perdón, no el de la escritura, sino el de la publicación, porque hay mucha escritura inédita. En la computadora tengo muchísima información que, cuando llegué a Bella Unión, intenté sistematizar y naufragué, fracasé, fue imposible. Algo que me propuse trabajando en Bella Unión fue escribir. Contigo Magdalena escribimos sobre salud laboral. Trabajamos e hicimos talleres con algunos peludos y

presentamos en congresos, en el Centro Universitario Regional Norte (Cenur) y en la Facultad de Humanidades. También escribí, con Daniel Amoedo, otro compañero que trabajaba en el CFPBU, sobre cómo había sido el proceso de Calagua y Green Frozen y lo que estaban viviendo en ese momento los trabajadores, pero nos agarró el cierre del centro y no logramos redondearlo, publicarlo y exponerlo. Todo un tema, se iba mucho tiempo en el trabajo concreto de campo, era un campo permanente.

Por distintas cuestiones al comienzo me costó bastante entrar en tema. Un poco por falta de conocimiento de lo que había, me llevó un tiempo importante entrar en ritmo y, otro tanto, porque trabajaba con gente que hacía mucho tiempo que estaba ahí, entonces me fue un poco difícil ponerme a nivel. Creo que el clic fue durante el 5.º Campamento de Formación y Trabajo, que eran encuentros que se daban anualmente entre trabajadores, universitarios y diversas organizaciones sociales y sindicales, ahí empecé de a poco a independizarme y a trabajar otras cosas: la diversificación productiva, la mecanización, la salud laboral. Y con el proceso de Green Frozen me sentí muy a gusto, cuando no estaba sentía ganas de volver a Bella Unión todo el tiempo. Nosotros éramos docentes viajantes, estábamos unos días en Montevideo y otros en Bella Unión.

Silvina: Creo que esto es común a todos, me refiero a que el trabajo de campo empieza a sentirse y a pensarse antes de llegar y que esa llegada, en su primera etapa al menos, está bastante orientada por las expectativas previas de cada quien. Yo estaba colmada de ilusiones, porque iba a ser mi primera experiencia etnográfica en el sentido clásico y hasta mítico del término. Había finalizado una maestría en antropología social, pero mi tesis no había tenido viaje y cruce de fronteras internacionales… No había una otredad muy digna de esa denominación, entonces había decidido que en mi doctorado sí experimentaría todo eso yendo hacia el confín, o hacia lo que para mí era factible entender como confín… Imaginaba que iba a tener que aprender portugués, porque pensaba que en Bella Unión mucha gente hablaría portuñol y entonces yo no iba a entender nada… Bueno, al llegar nadie hablaba portuñol en Bella Unión y me dije: «Ufa. Esa parte de aprender una lengua no la voy a poder hacer».

Fuera de estas cuestiones graciosas, digamos, creo que lo más complicado, especialmente al comienzo, resultó la adecuación temporal. Salvo en los veranos, en los que me podía quedar más, nunca pude hacer estancias muy prolongadas. Sí viajé un montón de veces por períodos acotados. Al principio llegué a viajar tres veces en un mes, tal vez por eso para mí el tema era el de los ritmos de vida. Llegaba con un acelere, con una percepción del tiempo y su optimización, que tuve que aprender a revisar y a entender. Iba con un cronograma en la cabeza: «el martes voy a ir a la casa fulano y el miércoles voy a ir a la casa de sultana» y, después, absolutamente nada de todo eso era posible porque resultaba que fulano estaba en Maldonado

y así. No había WhatsApp en esa época, muy pocos tenían celular y las llamadas eran carísimas, además. Había pocas formas de contactar a mis interlocutores antes de viajar. Cada viaje entonces era una puesta al día, ver en qué andaban, quién estaba, quién no estaba, qué hacían, qué no hacían, quién más había llegado, quién había nacido, quién había muerto… Todas estas cuestiones, que al comienzo sentía que me retrasaban, eran de mucha importancia en la dinámica de la vida cotidiana. Sin embargo, me llevó un tiempo darme cuenta de ello. Cuando pude entender que se trataba efectivamente de eso, de estar dispuesta a escuchar las novedades, pude entrar en otra lógica respecto de los usos del tiempo y de la agenda. Empecé a levantarme bien temprano, a dormir la siesta, a trasnochar para evitar el calor en el verano, etc. Cuando pude incorporar esas formas de vivir la jornada pude hacer, creo, un mejor trabajo de campo que el que pretendía hacer antes.

Otro desafío, que hemos conversado alguna vez ya, fue manejar las expectativas respecto del posicionamiento ante conflictos interpersonales o la participación en la circulación de rumores. Algo de esto ya fue mencionado por Magdalena. Muchas veces me sentía incómoda o me provocaba un poco de desconcierto. En más de una ocasión se me preguntó qué me había contado tal sobre tal cosa o qué pensaba de lo que le había dicho o hecho determinada persona a tal otra… En esas demandas de información o de reproducción de rumores me sentía un poco «en peligro» porque se trataba de una comunidad súper atomizada y fragmentada, atravesada por un montón de ideas o interpretaciones de unos sobre otros, y muchos esperaban que una sea el punto de contacto y síntesis. No había lugar para decir «no, mirá, el código de ética me impide compartir con vos tal cosa…», había que arreglárselas ahí, y yo no tenía mucha experiencia con eso.

Magdalena: Sí, sobre esto de las expectativas que se generaban, me hiciste acordar que, en una oportunidad, fui a la casa de una de las gurisas de Pay Paso y justo una estaba tramitando algo en el MIDES (Ministerio de Desarrollo Social), en uno de los programas de apoyo a población vulnerable, no recuerdo cuál. El trámite estaba demorado, y ella tenía la expectativa de que yo pudiera resolverlo, traté de explicarle que era una estudiante de antropología, que más que acompañarla a la oficina del MIDES no podía hacer. Pero era vista como alguien que venía de la universidad, de Montevideo, y eso generaba algunas expectativas y demandas de ayuda en cosas que no eran fáciles de canalizar y eso fue complejo.

Alex: En mi caso, aquellos dirigentes de UTAA con los cuales mantuve una interlocución más estrecha en 2015 habían protagonizado un conflicto y una inflexión política respecto de la anterior directiva de la organización, con la cual yo también había tenido intercambios cordiales, aunque superficiales, en etapas previas de mi trabajo de campo. En este contexto, sentí un poco lo que mencionaba Silvina. Si uno se había relacionado con la dirección anterior, podía

ser objeto de sospecha y también fuente de información e, incluso, de claves de interpretación sobre qué pretendían aquellas personas que antes estaban al frente del sindicato. Entonces, obviamente, te van a interpelar desde ese tipo de inquietud y uno se las tiene que arreglar para encontrar una posición, porque luego de un tiempo de trabajo de campo es difícil mantenerse fuera de lugar, ¿no? Me parece que el tema es cómo te vas a ir posicionando, qué posición vas a tratar de ocupar, qué es lo que te resulta más cómodo, a qué podés acceder, ¿no?

Lo otro que se me ocurrió escuchando a Magdalena y a Silvina es que, al fin y al cabo, mis expectativas eran análogas a las de ustedes en lo relacionado con la búsqueda de una experiencia específica y distinta a las que caracterizaban mi formación hasta aquel momento. En cuanto a mí, eso tenía que ver con redimir en Bella Unión los supuestos equívocos que creía haber cometido en anteriores experiencias de trabajo de campo. Lo sentía como una especie de última chance para hacer algo que fuera bueno. Entonces tenía un montón de expectativas que esperaba resolver allí. Pero después te das cuenta de que hay que dejar ciertas exigencias a un costado y tratar de hacerte una vida en ese lugar. Lo que vas a investigar es la vida que pudiste componer ahí. Esa composición conlleva ser parte de los planes y las expectativas de los demás y también incluirlos en tus nuevas expectativas, es decir, las del lugar que te pudiste hacer. Me parece que este es un desafío que Bella Unión coloca —quizás lo impone— con mucha intensidad porque es una sociedad muy fracturada y conflictiva, es demasiado tensa y dinámica, te invita a posicionarte permanentemente.

Silvina: Creo también que tiene que ver con que Bella Unión es un gran foco de atención desde hace mucho tiempo, incluso desde antes de la creación de la UTAA. Atrajo la atención de cronistas y periodistas, de la militancia política y social, de distintos proyectos estatales, religiosos, políticos y artísticos. Es un lugar convocante por distintas razones, y no es lo mismo ir unos días y no regresar que volver y volver o quedarse y quedarse allí. Nuestra posición por ahí era distinta de la de quienes pasaban circunstancialmente por la ciudad y, por eso, éramos objeto de otra atención y demanda, ¿no? No éramos una visita ocasional, por lo que se esperaba otra cosa de nosotros. No sé, algo como: «si vas a estar acá, viví con las conflictividades con las que vivo yo» o «viví con estas tensiones, con estas dudas, con estas incertidumbres, con estas traiciones, con estas solidaridades. Vos también hacé algo con eso». Una marca de la práctica etnográfica, como sabemos.

Alex: Sí, me parece que tiene que ver también con las características de esta inserción que nos propusimos desplegar en Bella Unión, basada en la duración, en el entremezclarse con las redes en su complejidad. O sea, después se vuelve muy difícil abstraer, en el nivel de la interpretación, qué es lo que está en juego en determinado contexto. Y también uno, al abstraer, se termina enfrentando a los desafíos del análisis mismo, que supone cierta arbitrariedad en la

elección de la materia prima que abre paso a la interpretación. En algún momento, consolidamos nuestro enunciado en un texto: «esto fue lo que sucedió» y lo demás, la opacidad, por ahí queda a un costado para seguir pensando en la clave que nos propusimos desarrollar en nuestro estudio.





Sobre las formas de recepción

Damián: En mi caso, las investigaciones para el público con el cual trabajamos en el CFPBU, tenían una buena recepción. En el caso de Green Frozen, por ejemplo, todo lo que hicimos desde el centro de formación fue bien recibido. Con los peludos, capaz que lo más destacado fue el trabajo sobre salud laboral. Hicimos algunos talleres sobre el uso de agrotóxicos que fue muy interesante porque ellos se reconocían en esas malas prácticas, en no utilizar los útiles de protección adecuados, etc. Fue un trabajo que en algún punto generó conciencia, hubo una buena recepción. Después, en las presentaciones en congresos y jornadas, también la tuvo. En las jornadas del Cenur Litoral Norte nos dieron un poco de palo desde la medicina, porque algo que reivindican los peludos es la declaración del corte de caña como trabajo insalubre, con lo que estábamos de acuerdo. Cuando un trabajo es considerado insalubre, esto tiene distintas implicancias: una jubilación temprana, una consideración en el salario y demás. Hay toda una corriente en la medicina que está en contra aduciendo que se perpetúan las malas condiciones laborales a cambio de dinero o de algún tipo de beneficio. Pero la realidad es que ese trabajo va a seguir siendo así *ad infinitum*, no se vislumbra un cambio. Entonces el trabajador a los 40 años está arruinado, como ustedes sabrán, porque lo vieron. Y no hay una contrapartida, es decir, esa persona va a tener que seguir trabajando hasta los 60 años para poder jubilarse, 65 ahora con la nueva ley. Va a tener una vejez bastante complicada, porque va a necesitar más cuidados médicos, y sus ingresos van a ser malos.

El trabajo del centro tenía un impacto positivo en los trabajadores; incluso cuando se cerró, muchos nos hicieron llegar esa mirada de que iba a hacer falta. Era, quizás, el único espacio en Bella Unión de discusión teórica sobre cuestiones laborales, que además tenía en algún punto una capacidad transformadora. Eso nos lo hacían saber, en general. Después estaban la relación con la UTAA y los usos que hacían de nosotros y demás; cuestiones que a veces cansaban un poco, pero sí, creo que estaba muy bueno.

Magdalena: Este punto creo que tiene que ver también con las aspiraciones o con las ideas con las que vamos al campo. En mi caso, tal vez desde una mirada un poco ingenua, tenía una pretensión de comprender la realidad, pero también de transformarla. Y creo que esta idea está de alguna forma presente en todos quienes investigamos en Bella Unión, y no solamente en nosotros, sino también, por ejemplo, en el trabajo de extensión del CFPBU. Si bien por parte de los trabajadores teníamos en general buena recepción de nuestro trabajo, para intentar transformar la realidad necesitábamos contar, por lo menos, con la apertura de ALUR, del INC (Instituto Nacional de Colonización) y creo que ahí siempre tuvimos interlocutores que fueron bastante reticentes a nuestros trabajos, a lo que nosotros planteábamos, sobre todo desde

ALUR, porque el vínculo con el INC era mejor. Creo que en ese sentido el aporte académico, sea de extensión o sea de las tesis que se hicieron en Bella Unión, no fue tomado en cuenta por las políticas públicas, por los decisores del Estado.

Con respecto a los trabajadores, coincido con Damián en que en general siempre nuestros trabajos fueron bien recibidos. Por otro lado, sobre la recepción más en términos académicos, bueno, está el trabajo que hicimos con Damián, que lo presentamos en las jornadas académicas de la Facultad de Humanidades. También hicimos un taller con los trabajadores. A su vez, yo publiqué varios artículos después en relación con la tesis y participé en distintas jornadas. Algunos años después publiqué con Álvaro Moraes un artículo en el Tratado Latinoamericano de Antropología del trabajo. Hubo una recepción en distintos frentes, digamos, no solo a nivel nacional, sino también regional. No obstante, creo que continúa existiendo en la academia una mirada romantizada sobre Bella Unión, sobre lo que es Bella Unión, lo que representa, sobre la figura del cortador de caña y sobre el sindicato de UTAA. Una mirada más vinculada al mito fundacional del sindicato y a su historia, sobre todo en las décadas del sesenta y del setenta, que a la realidad que se vive hoy en Bella Unión.

Silvina: Yo creo que entre todos tenemos un panorama sobre cuántas formas distintas hay de pensar la recepción. Por mi formación previa no tenía experiencia respecto de tareas de extensión, tampoco entendía en los mismos términos lo que podía practicar como devolución. Durante mi trabajo de campo me parece que diferencié lo que podía ser el trabajo de campo para construir mi objeto de estudio y dar respuesta a mis preguntas de investigación y las distintas instancias en las que me parecía que podía colaborar con las personas con las que estaba compartiendo días, comidas, idas a la chacra y demás. Nunca, por ejemplo, compartí con ellas algo de lo que escribí porque me parecía que estaba escrito para otros interlocutores. Me parecía que no había contacto entre aquello que yo producía en términos de la tesis, de artículos o lo que fuere, y lo que efectivamente podía ser un diálogo que interese a las familias con las que me vinculaba. Mi forma de ejecutar una devolución era mucho más improvisada, y con esto no quiero decir en absoluto que sea mejor. Tenía que ver con lo cotidiano: si alguien necesitaba ir al hospital, si había que hacer una denuncia, si había que ir a hablar con una maestra de alguna escuela por algún niño, acompañaba eso en la medida en que me era solicitado. La recepción de esa posición era muy valorada, me parece.

En cuanto a la recepción en la academia, o no solamente la academia, también entre la militancia política, porque he tenido lecturas en ambas audiencias, el acogimiento de mi trabajo, sobre todo en Uruguay, ha sido de una generosidad que todavía al día de hoy me sorprende y me conmueve. Cada vez que me cruzo con algún estudiante que leyó el libro o algún *paper*, o me entero que algo de lo que escribí sobre Bella Unión forma parte de la bibliografía de una

materia, me da pudor, pero al mismo tiempo, bastante tranquilidad. Y lo que me provoca mucha sorpresa es la recepción entre antiguos militantes, sobre todo del MLN. Al poco tiempo de publicar el libro me llegó un correo electrónico de un exdirigente del MLN muy importante, diciéndome que había leído el libro, que su compañera también, y que agradecía la mirada sobre lo que había sido Bella Unión en los sesenta… Eso, la verdad, no me lo esperaba porque yo creo que en mi trabajo hay una mirada bastante crítica sobre lo que decía Magdalena hace un rato, esa idealización que a veces seguimos portando respecto de la asociación de Bella Unión con la historia emblemática de la izquierda uruguaya.

Alex: Lo más sustancial de mi interlocución fue con los dirigentes que han encabezado UTAA entre 2015 y 2017, digamos. Es cierto que también hice trabajo de campo en las colonias cañeras subsidiarias de ALUR, ahí incluso fue donde mi trayectoria investigativa se cruzó con la de Magdalena, que estaba más cercana, en aquel entonces, a los compañeros de Pay Paso, de la Colonia Helios Sarthou. Dicho sea de paso, yo no sabía ni quién era Helios Sarthou, para que tengan una idea de lo desubicado que andaba… Después uno se va enterando de las cosas importantes, pero en un principio no.

Entonces, me acerqué al sindicato con esa propuesta de investigar cómo se insertaban las bases de la UTAA en el Complejo Sucroalcoholero y me doy cuenta de que esos compas que estaban al frente de la organización sindical ya no eran la directiva que yo había conocido en mis incursiones exploratorias de trabajo de campo, en 2013 y 2014. La directiva anterior había sido derrotada en las elecciones sindicales de 2015 y mis interlocutores ahora eran personas que no querían saber de las colonias agrícolas, que querían cuestionar el proyecto de ALUR, dedicarse más bien a lo estrictamente sindical y, cuando se trataba de lucha por la tierra, querían abrir una discontinuidad ante la propuesta de desarrollo agroindustrial que se estaba planteando desde el Estado en aquel momento, basada en el cultivo de la caña de azúcar. Entonces dije «ya fue», o sea, no va a ser con ellos con los que voy a hablar de ALUR y del proyecto de ALUR. Con ellos voy a hablar de la invención de una política, ¿no? Voy a hablar de disrupción.

Y esta fue un poco la recepción posible de mi investigación en el acercamiento a UTAA: narrar lo novedoso de lo que en aquel momento, en aquellos meses, en el marco del sindicato, se estaba tratando de inventar entre un par de dirigentes, que intentaba producir su base política, su legitimidad y su campo de intervención. Estas condiciones de recepción de mi propuesta de investigación repercutieron en la tesis doctoral. La forma en que mi problema de investigación se reformuló a partir del contacto con la directiva de UTAA me hizo meterme mucho en el debate sobre la subjetividad política, su relación con la producción deseante, la reproducción del capital y la gestión estatal. Yo creo que no hubiera ahondado en estas cuestiones sobre cómo se forma un sujeto político, cómo se desarrolla una subjetividad singular —no en tanto

campesino o en tanto trabajador asalariado, sino en tanto alguien que se pone a inventar categorías para operar en una coyuntura sobre la que quiere intervenir singularmente— si no fuera por las motivaciones de los dirigentes de UTAA que conocí en 2015. Y pienso que la recepción posterior de lo que pude elaborar a partir de la experiencia en Bella Unión se relacionó más bien con estas propuestas teóricas que formulé en torno a la subjetividad y la subjetivación política. Las reflexiones sobre la captura y la irrupción del deseo en contextos de desarrollo económico también han generado interés en algunos investigadores. Hubo simpatía en ciertos ámbitos académicos y activistas hacia mi propuesta de pensar lo que hace y dice la gente no como una trayectoria deudora, en lo fundamental, de cierto espesor histórico y sociológico al que tenemos que rendirle cuentas de forma permanente, sino como un espacio de elaboración fuertemente situacional que autoriza la invención de categorías novedosas de intervención política; categorías que tienen una duración: empiezan, terminan, reaparecen de otra forma…



Posicionamientos, condiciones de posibilidad y aprendizajes en el margen

Damián: Quería comentar algo, antes de pasar a este punto: lo difícil que es a veces, como antropólogo, no situarse en una de las partes. Es decir, pensando un poco ahora en lo que comentaba Magdalena del trabajo con los peludos y ALUR, ¿no? Qué difícil es no ponerse de parte de alguien. Es decir, escribir algo desde los peludos, por ejemplo, tomar partido en el asunto,

con todo lo que implica la objetividad, lo ético y demás. En Bella Unión me daba cuenta de que escribía muchas veces casi como si fuera un peludo más. Tenía dificultad al momento de tomar lo que todas las partes tienen para decir de igual forma, lo difícil que es la equidistancia.

Silvina: Sí, yo creo que hay algo en la práctica de la etnografía, que tiene que ver seguramente con la reconstrucción del punto de vista nativo, que hace lugar a guiños, anuencias, gestos hacia determinados posicionamientos o formas de atravesar la vida cotidiana y demás que, cuando tratamos de reponerlos en nuestros textos, expresan nuestras emociones e ideas con todo lo que eso conlleva. Eso creo que no me parece para nada problemático porque no creo que la etnografía tenga por misión la objetividad. Lo que no quiere decir que —y ahí es para mí donde está la atención más rica, o lo que a mí más me entusiasma de la práctica etnográfica— en ese proceso de reconstrucción del punto de vista de otro el otro no siga siendo otro. Esto no necesariamente implica justificar todo aquello que conlleva aquel punto de vista, o disculpar o mostrarse de acuerdo o defender todo aquello que implica o supone. Yo creo que en mi caso la extranjería, que tenía muchas cosas negativas, pero también algunas positivas, ayudó un poco en esto de tratar de no comprar el discurso nativo. Trataba de ver las discontinuidades entre lo que se decía y lo que se hacía, entre lo que se decía y pensaba que se hacía… y eso desde ya no implicaba que una no terminase escribiendo desde un determinado posicionamiento, cuestión que me parece súper buena siempre que no signifique hacer una oda de esa posición.

Posicionarse también es dar cuenta de las discontinuidades, de los ruidos, de esas cosas que de repente no compartimos, porque siempre hay cosas que no compartimos, y me parece que eso estuvo presente en todos nuestros trabajos de campo. Yo he vivido, sobre todo en relación con las mujeres de las familias con las que me vinculé, situaciones de violencia muy duras… que no, de ninguna manera. Entonces, no es que una ama incondicionalmente, ¿no? Y, si lo hace, está en el horno, porque el amor es un obstáculo para la comprensión, como sabemos al menos desde Todorov (1982). No sé vos, Magdalena, cómo lo viviste…

Magdalena: Pensaba un poco en esto que decís. A mí me tocaron un par de situaciones, sobre todo con respecto al cuidado de las infancias, a las formas de cuidado, o cómo se gestionaban y resolvían los cuidados, que me interpelaron bastante a pesar de que en ese momento todavía no era madre. Creo que ahora me sentiría mucho más interpelada. A su vez comparto lo que dice Damián, en algún punto tomás partido o te comprometés. Debido, creo yo, a la propia labor etnográfica que implica eso, comprometerse, estar ahí, ser parte.

Es decir, comenzás a formar parte de la vida cotidiana de tus interlocutores, los acompañás al médico, vas al cumpleaños, te invitan a comer, los ayudás a cocinar, vas a hacer los mandados… todo eso hace que te involucres también afectivamente con esas personas. Por ese vínculo

también algunas cuestiones te molestan, te generan incomodidad. Por ejemplo, las diferentes formas de violencia en las relaciones entre varones y mujeres. Vínculos de todo tipo, no solo de pareja, marcados por violencias machistas, algunas muy evidentes y fuertes, otras más sutiles. Esto al interior de las familias, pero también en algunas organizaciones, a la interna del sindicato, de las colonias. Pensar cuál es el rol de las mujeres en espacios fuertemente masculinizados.

Silvina: Sí, cuando llegué en el 2004, en la UTAA había tres mujeres que participaban del sindicato y que tenían una capacidad de decisión y una agencia enorme. Una de ellas era tesorera. Yo veía al que por entonces era el presidente de la UTAA ir a preguntarle: «¿Cuánta plata tenemos?» «¿Me podés dar para esto?» «¿Nos alcanza para lo otro?» La administración del dinero, que no es un detalle menor en una organización sindical, porque es lo que dirime qué se hace, qué no se hace, cómo se puede hacer, qué se privilegia, cómo se construye la agenda sindical, estaba en manos de una mujer. No era una persona que se ponía a barrer. Después no sé cómo habrá seguido eso, pero estamos hablando de abril de 2004, no estábamos en la cresta de la ola feminista. Puesto en perspectiva, a veces me parece que en Bella Unión se anticipan procesos que luego cobran dimensión en Montevideo. A mí me eso me lleva a la propuesta de los Comaroff (2013), particularmente el subtítulo del libro *Teorías desde el sur. O cómo los países centrales evolucionan hacia África*. Incluso desde antes de la creación de la UTAA, que existía como germen antes del arribo de Raúl Sendic, diría desde la impronta de las reivindicaciones de los trabajadores rurales en el marco del proyecto batllista, hay preocupaciones, acciones anticipatorias. Si tuviera que explicar, entonces, en qué radica el interés etnográfico que ha despertado Bella Unión, más allá de las romantizaciones o idealizaciones, quizás pueda decir que tiene que ver un poco en esto. Estoy trayendo a cuento la presencia de dirigentes mujeres en un sindicato de varones, pero hay otras circunstancias: en los sesenta, en los ochenta y en los noventa en la lucha contra la reconversión productiva que era la lucha contra el neoliberalismo, ¿no? Creo que hay procesos que se gestan en el margen y retumban en el centro; que son los ecos del margen en el centro. Me gusta la idea de pensar que la etnografía es capaz de captar en espacios como Bella Unión una lógica y direccionalidad de los procesos que cuestiona las miradas que a veces se reproducen en el sentido común, en el debate político, en la planificación estatal y, también, en la propia academia.

Alex: Es cierto que en el margen surgen otras relaciones, porque en ellos hay otra configuración de la hegemonía nacional y los mandatos del centro, es decir, hay estímulos distintos que hacen a la composición de otras subjetividades y que desafían el «sentido común», si lo queremos llamar así. Seguramente ahí se dan otras químicas y otros órdenes.

Pero quería retomar la cuestión de los hombres y las masculinidades. Recuerdo a un dirigente de la UTAA con el cual tuve un contacto muy cercano. No fue mi principal afecto en Bella

Unión, pero era un dirigente que yo conocía de cerca. Lo acompañé en varios recorridos y lo veía pasar por distintas relaciones; en cada relación se volvía una persona diferente, con un campo de posibilidades propio. Cada vez que lo veía *tramado* —por poner un término que le gusta a Silvina— en ciertas relaciones, se le revelaba un aspecto o una faceta que yo desconocía al contemplarlo en otras circunstancias. En casa era un tipo masculinista, bruto, incluso. La mayor parte del tiempo, veías una relación típicamente patriarcal, en la cual tenés al tipo proveedor, a la mujer que se queda en casa cuidando a los hijos, a la mujer que soporta el insulto, que se encarga de la cocina, etc. Pero bueno, los lunes esa casa se convertía en un templo de umbanda y ese hombre, que también era Pae de Santo, incorporaba una Pomba Gira y empezaba a hablar fino y a caminar suavemente. Se convertía en una mina, compartía la cocina con la esposa, preparaban las ofrendas juntos, otros dirigentes sindicales los acompañaban. Eso sí, él orientaba el ritual con mucha autoridad. Al fin y al cabo, era una mujer la que se estaba apoderando de él en aquel momento, o una imagen de mujer, una deidad femenina que él quería ser y a la cual se entregaba. Entonces, ante sus compañeros de sindicato, que también concurrían al *terreiro*, ese tipo se permitía comportarse como una mujer, hablar como una mujer, cocinaba y enseñaba recetas. Después yo lo veía en el sindicato: hablaba fuerte, pero había mujeres que lo interrumpían, que le bajaban línea y él escuchaba a contragusto. Había mujeres que, sin formar parte de la directiva del sindicato, operaban como consejeras de las que él dependía permanentemente para construir su posición en tanto dirigente político.

Recupero esas memorias, que no aparecen en nada de lo que escribí académicamente, para tratar de ofrecer un aporte a lo de las masculinidades en Bella Unión, en la periferia. Creo que están en crisis esas masculinidades, quizás más en crisis que las céntricas, tanto las progresistas como las patriarcales.

Magdalena: Sobre el tema del trabajo antropológico fuera de Montevideo y sus dificultades y potencialidades, es algo que pensé no solo para Bella Unión, sino después para mi tesis de maestría, que fue en Rivera (Curbelo, 2025). Para mí, lo primero y lo más importante se vincula a los recursos materiales. Es decir, algo tan simple como si contás con financiación o no. Viajar a Bella Unión, vivir en Bella Unión o ir a otros lugares que no son Montevideo, cuando se vive en Montevideo, implica necesariamente resolver estas cuestiones materiales: dónde alojarse, cómo viajar, cómo sustentar los gastos, etc. Para apostar a hacer investigación fuera del centro se necesita dinero, y esto creo que se vincula con cuáles y cuántas son las fuentes de financiación de las que dispone la universidad y puede destinar para investigación.

Por otro lado, me parece que es necesario, como decía Silvina, dejar de pensar que Montevideo, u otros centros, son el centro del pensamiento. Hay muchos procesos que se inician en los márgenes, y ese margen debe ser considerado para la reflexión académica como centro. Esto

me pasó en Bella Unión y me pasó en Rivera; hacer trabajo de campo en la frontera hace que tengas que transformar el punto de vista, el lugar desde el cual estás mirando, desde el cual estás pensando y desde el cual estás construyendo el objeto de estudio. Creo que hacer una antropología fuera de Montevideo, fuera de los centros, es necesario para desafiar o poner en tensión la mirada que tenemos desde el centro, desde la capital, absolutamente centrada en el Estado. Incluso si pensamos en términos de políticas públicas, una cosa es cómo se materializan las políticas públicas en la capital, lo que dice la normativa, lo que se imagina desde los despachos de los decisores de políticas públicas, y otra cosa es cómo se expresa eso en la frontera, lo que pasa en Bella Unión o en otras partes de la frontera, que tiene mucho más que ver con lo local y, muchas veces, corre por carriles paralelos a lo que se gestó desde Montevideo.

Creo que este es uno de los principales desafíos que tiene la antropología, esto de interpelar al Estado y de interpelar su propia construcción de pensamiento disciplinario nacionalista. Salirse de las lógicas del Estado, cuestionarlas, es posible, por ejemplo, haciendo antropología desde los márgenes, desde las fronteras. Esto aporta a una reflexión teórica y metodológica sobre cómo hacer investigación y producir conocimiento descentrado.

Alex: Lo que decís, Magdalena, es interesante porque yo, en este momento, estoy trabajando en el Estado. Soy funcionario público y diseño políticas públicas, entre otras cosas, por supuesto. Me contrataron como antropólogo en el aparato burocrático brasileño. El Estado, sí, te da guita para ir a donde quieras, siempre y cuando estés al servicio de la política pública; o sea, tenés un estipendio que te dan para llegar a los márgenes. Sin embargo, es otro el pensamiento que llega a los márgenes cuando uno va investido de un cargo en la administración. Tu pensamiento queda muy funcionalizado, porque debe ser coherente con una forma de intervención y debe justificarse desde allí. Por supuesto que no siempre uno le hace justicia a la expectativa del aparato administrativo. Con algún esfuerzo, es factible «colar» otras intenciones y deseos en el quehacer burocrático y emprender otras cosas, además de lo que se espera que uno realice como funcionario al servicio de la política pública. De todos modos, subsiste cierta frustración.

El tema, quizás, es pensar que hay otras formas de llegar a los márgenes. Sin embargo, el solo hecho de proponerlas desde la universidad no es garantía de que sean una alternativa interesante. La universidad pública es el Estado, tanto en Brasil como en Uruguay y Argentina. No es que uno esté fuera del aparato burocrático porque es un académico profesional. La universidad pública también se ve constreñida a legitimar lo que hace desde la perspectiva intervencionista de la hegemonía política de turno. Basta con pensar en qué términos se justifican muchos proyectos de investigación: tienen que ser útiles para formular políticas públicas. El desafío es, quizás, financiar o darles condiciones materiales y políticas a incursiones a los márgenes

—donde se forman otras químicas— que partan de una intención netamente investigativa, no intervencionista, con independencia del tipo de funcionario —académico u otro— que las realice. Valorar la investigación y la intención investigativa, dondequiera que esta se manifieste, es lo que está en juego si se trata de indagar en estos procesos que permiten disputar las construcciones ideológicas que cuajan en los centros —generalmente a partir de una perspectiva intervencionista— y se proyectan hacia lo que, desde dichos centros, se concibe como la periferia. Sea como fuere, me pliego a tu reivindicación, que quede en las páginas de la revista de antropología esta demanda material, y que repercuta.

Damián: Estoy de acuerdo con la dificultad vinculada a los recursos económicos. Me quedé pensando en lo que decía Magdalena de la mirada del otro, de un otro bien distante geográficamente hablando, que es un otro de la frontera, por ejemplo, lejano y desconocido. Antes de estar ahí, uno lo conoce a través de cosas que ha escuchado, de textos, pero otra cuestión es estar ahí. Me tocó trabajar acá en Montevideo o en Canelones, bien cerca de donde vivo, y a veces la distancia territorial no lo es todo. Trabajás con alguien que está bien al ladito, podés llegar en un ómnibus local, y es alguien bien distinto. Trabajé en un asentamiento acá en Montevideo, un cargo técnico. Y me encontré con personas que eran para mí, tanto como alguien de Bella Unión, un otro bien distinto.

Alex: Me parece que en Bella Unión se da una coincidencia: hay una frontera y, a la vez, hay una movilización social, popular, constante o más bien oscilante, que en ocasiones marca un espacio de diferencia desde el conflicto: aparece, se repliega, vuelve a emerger, etcétera. O sea, está esa oscilación y, cuando algo finalmente emerge, se planta no exactamente desde lo fronterizo, sino desde lo que interpela a un centro. Creo que hay un movimiento popular en Bella Unión que abreva en memorias, en rastros, en marcas de anteriores interpelaciones hacia el centro. Diría que esas reemergencias aparecen bajo el nombre de UTAA en distintos momentos y de distintos modos.

Silvina: Estoy de acuerdo. Y permite además pensar la categoría de conflicto en sí misma. ¿Qué es un conflicto? ¿Cómo se produce un conflicto? ¿Cómo se construye discursivamente, performativamente un conflicto? Bella Unión siempre te da la posibilidad de hacer esas preguntas. Se presenta una agenda que después se va a transformar en conversación pública y política. Bella Unión la inscribe y con ello presenta una idea de conflicto, una forma de entender la lógica y el lugar del conflicto en Uruguay.



Alex: Sí, corriendo el riesgo de sonar un poco tajante, diría que lo que anticipan, en términos más bien generales esas reemergencias de lo disruptivo en Bella Unión, es aquella condición de imposibilidad inherente a los aparatos de poder que evocaba De Certeau (1995): toda hegemonía va a encontrar su punto de desacople justamente en las personas que se pretendía convocar y que eventualmente toman la palabra y exceden las representaciones que hay sobre ellas. Bella Unión anticipa —o nos hace recordar— que va a haber un desacople, que va a haber un punto de quiebre. Esa intuición no es para nada conclusiva, sino que sigue invitando a pensar en la persistencia de las memorias desde distintas matrices de reflexión y desde distintos puntos de abordaje. ¿No serían esas memorias un caudal silencioso que suministra a quienes deciden movilizarse en Bella Unión ciertos insumos para plantearse, una y otra vez, la ruptura y el conflicto con lo hegemónico y con lo estable en diferentes coyunturas? Qué sé yo, me parece que eso tiene algún sentido, aunque suene un poco místico.

Referencias

Blixen, S. (2000). *Sendic*. Trilce.

Comaroff, J., y Comaroff, J. (2013). *Teorías desde el sur. O cómo los países centrales evolucionan hacia África*. Siglo XXI.

Curbelo, M. (2015). *Pay Paso: entre el surco, el sindicato y la colonia. Una etnografía del acceso a la tierra en Bella Unión* (Tesis de licenciatura, Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación).

Curbelo, M. (2025). *Entre puertas y puentes: habitar la frontera Rivera-Livramento*. Ediciones Universitarias.

De Certeau, M. (1995). Una revolución simbólica. En L. Giard (Ed.), *La toma de la palabra y otros escritos políticos* (pp. 29-37). Universidad Iberoamericana.

De Giorgi, Á. (2002*). El magma interior. Política, cultura y territorio en la Fiesta de la Patria Gaucha*. Trilce.

Díaz, P. (2009). *Sociología de las ocupaciones de tierras: Acción colectiva de los trabajadores rurales de Artigas, Uruguay, 2005-2007*. Nuestra América; Nordan.

Estefanell, L. C. (2014). *Gracias a ellas*. Letraeñe.

Fernández Huidobro, E. (1986). *Historia de los tupamaros* (Vols. 1-3). Ediciones de la Banda Oriental.

González Sierra, Y. (1994). *Los olvidados de la tierra. Vida, organización y luchas de los sindicatos rurales*. Nordan.

Guigou, N. (2000). *A nação laica. Religião civil e mito-praxis no Uruguai* (Disertación de maestría, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social).

Guigou, N. (2011). *Religión y producción del otro: mitologías, memorias y narrativas en la construcción identitaria de las corrientes inmigratorias rusas en el Uruguay*. Lucida.

Merenson, S. (2016). *Los peludos. Cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay*. Gorla.

Moraes, A. (2019). *Esfuerzo de lo posible: política, deseo y desarrollo en el extremo norte del Uruguay* (Tesis doctoral, Universidad Nacional de San Martín).

Moraes, M. I. (1990). *Bella Unión: de la estancia tradicional a la agricultura moderna (1853-1965).* Ediciones de la Banda Oriental.

Romero Gorski, S. (2001). Estudio sobre la situación fronteriza en Colonia del Sacramento. *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay*, *2001*, 69-93.

Rosaldo, R. (2000). *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social.* Grijalbo

Rosencof, M. (1989). *La rebelión de los cañeros y «los hombres del arroz»*. Taller de Artes Escénicas y Ediciones.

Rostagnol, S. (2011). Trabajo de campo en entornos diversos. Reflexiones sobre las estrategias de conocimiento. *Gazeta de Antropología*, *27*(1). https://digibug.ugr.es/handle/10481/15685

Todorov, T. (1987). *La conquista de América. El problema del otro*. Siglo XXI.

Vidart, D. (1969). *Tipos humanos del campo y la ciudad*. Nuestra Tierra.

Contribución de los autores: (Taxonomía CRediT): 1. Conceptualización; 2. Curaduría de datos; 3. Análisis formal; 4. Adquisición de fondos; 5. Investigación; 6. Metodología; 7. Administración del proyecto; 8. Recursos; 9. Software; 10. Supervisión; 11. Validación; 12. Visualización; 13. Redacción: borrador original; 14. Redacción: revisión y edición. D. B. contribuyó en 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14; M. C contribuyó en 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14; S. M. contribuyó en 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14; A. M. contribuyó en 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14.

Nota: El comité editorial ejecutivo Pilar Uriarte y Martina García aprobó este artículo.

Nota: El conjunto de datos que apoya los resultados de este estudio no se encuentra disponible.